

TRIBUNA



CARLOS VERMUT

LOS TÓPICOS DE LA UNIVERSIDAD

POR FRANCESC SOLÉ PARELLADA

Cuando se habla de la academia se oyen todavía, con demasiada frecuencia, frases tales como: «la Universidad es una fábrica de parados», «la Universidad está encerrada en su torre de marfil», «perdura el tradicional divorcio entre la Universidad y la empresa», etc. Con el fin de remachar el clavo, estos lugares comunes vienen generalmente acompañados por el relato de alguna pretendida vivencia personal: «Tengo un primo en Oviedo que conoce a un taxista que es licenciado en Informática». ¿Quién no ha oído esta anécdota en una conversación de café, en unas jornadas de empresarios o incluso en una reunión de la comunidad de propietarios? Los lugares comunes acaban construyendo, en buena parte de la sociedad, un diagnóstico muy alejado de la realidad. Por otra parte, ¿qué tendrá de malo que un taxista de Oviedo sea informático? En la propia Universidad también disfrutamos de nuestros propios lugares comunes. Frases como «la docencia esta más premiada que la investigación», «los profesores jóvenes se desentienden de la docencia ya que la investigación es la que les conduce al funcionariado», «la investigación en España no acaba aprovechándose en el sistema productivo», «a la Universidad le faltan recursos»... Son verdades a medias pronunciadas con frecuencia como explicación definitiva. Aquí las anécdotas probatorias hacen referencia a lo que sucede en otros países, preferentemente Finlandia o EEUU, o

en otras universidades como Harvard, Stanford o el MIT. El primo de Oviedo es aquí sustituido por algún amigo recién llegado de Boston. El universo de frases comunes es extenso. Todavía se oye decir que «los profesores universitarios cobran unos sueldos ridículos y por esta razón cumplen poco con sus obligaciones», que «las vacaciones de los profesores universitarios son de tres meses largos», o que «la enseñanza está masificada y que en tal o cual facultad la mayoría de las clases están abarrotadas con alumnos por los pasillos», para acto seguido pasar a explicar que «hay facultades con 150 profesores pero con sólo 15 alumnos», o afirmar que «con una universidad en cada provincia vamos al desastre total». Cada uno de estos lugares comunes es una verdad a medias; por ejemplo, ¿será verdad que la Universidad es una fábrica de parados? Pues no. Las estadísticas muestran que los jóvenes universitarios se ocupan más y mejor y que, en situaciones económicas normales, el paro de los titulados es prácticamente inexistente. Por lo tanto, la Universidad no fabrica parados sino todo lo contrario, es decir, fabrica ocupados. Sin embargo, sí es verdad que parte de los titulados trabaja en empleos que precisan de una menor capacitación y que, consecuentemente, los salarios promedios son inferiores. ¿Es verdad que a la Universidad le faltan recursos? Sí. Pero el lector alejado de las universidades puede pensar lo contrario. ¿Por qué? Para mucha gente la Universidad es un

conjunto de facultades donde van los alumnos y un conjunto de despachos donde a veces hay profesores escribiendo en un ordenador. ¿Para qué, pues, más recursos? Nada más lejos de una universidad española moderna, compleja y con la necesidad de transformar su docencia, con grupos de investigación, con servicios especializados y parques científicos. El profesor Miguel Siguan, psicólogo eminente, nos decía que a la pareja hay que aceptarla como es, no por partes, ya que determinados defectos están en la base de las virtudes: las personas son un *pack* que lo tomas o lo dejas. No es ésta una reflexión aplicable a la relación entre universidades y sociedad. Los lugares comunes que hemos citado no son la suma de los defectos de la Universidad con los que hemos de convivir, sólo son verdades a medias, interpretaciones simples de una realidad más compleja, y algunos de ellos son problemas ya superados, historia de una universidad hoy día inexistente. Extrapolar nuestras vivencias de cuando íbamos a la facultad no nos conducirá a un buen diagnóstico. La Universidad española del siglo XXI no es la de mediados ni la de finales del siglo XX. Ahora bien, si el cambio y el presupuesto depende del diagnóstico social de la Universidad y este es la suma de los lugares comunes –tanto los de dentro de la Universidad como los de fuera– tenemos un problema.

Francesc Solé Parellada es catedrático de Organización de Empresas de la UPC.